

Ramón Pérez de Ayala o la Pasión de lo Fugaz

Un poco más allá del reportaje que sobre la muerte de la actriz Marilyn Monroe publicara la revista "Gaceta Ilustrada", se abría, con el título "Luz de Domingo", el tributo póstumo a don Ramón Pérez de Ayala. Día jueves. Sol madrileño y manchego. Bullicio de ciudad y nubes altas. Junto a Antonio Machado, Gregorio Marañón y Ortega, la figura magra del escritor de Oviedo relucía aún con su madurez juvenil de 1927. Al lado, en otra fotografía, con Juan Belmonte, su doble fisonómico y luminaria del toreo. Para cerrar el conjunto, una estampa en familia, muy reveladora del hogareño culto del poeta y novelista.

Con albor de madrugada y de domingo había muerto, en verdad, quien en nuestros años juveniles fué, al par de Darío, Barba Jacob, Machado, García Lorca y Vallejo, lírico del cual aprendimos y evocábamos a diario retazos de poemas. En la Plaza España, al lado del Caballero de la Triste Figura y de su inmortal Sancho, el impacto de la noticia nos traía recuerdos de quien en 1903 iniciaba su carrera literaria con "La Paz del Sendero", libro enmarcado dentro del ámbito de Gabriel y Galán y cuya resonancia consagró al poeta. De "La Paz del Sendero", poema inicial que daba personalidad al volumen, son aquellas reflexiones, medio decadentistas, en donde la flor de madre-selva, los crepúsculos de olores celestiales, las vacadas y los garzones tienen anticipo de viejas remembranzas:

*Con sayal de amarguras, de la vida romero,
topé tras lengua andanza con la paz del sendero.
Fenecía del día el resplandor postrero.
En la cima de un álamo sollozaba un jilguero.*

Aún cuando Sáinz de Robles coloca a Pérez de Ayala entre Unamuno y Antonio Machado - por la profundidad metafísica y la fuerza emotiva, respectivamente - es más apropiado señalarlo como personalidad múltiple que, desde el realismo y la gracia de la novela picaresca - advertida tal característica como embelesante por Pérez Galdós - es capaz de penetrar, con tino orteguiano, en el ensayo. Esto, por hacer mención de los espacios distantes, pues ya son conocidos de todo el mundo aquellos títulos novelísticos, como *"La Pata de la Raposa"*, *"Troteras y Danzaderas"*, *"Prometeo y la Caída de los Limones"*, muy elogiados a principios de siglo por la amalgama de esencias y valores. Cuando lo hemos visto - según el testimonio de *"Gaceta Ilustrada"* - en compañía de Marañón, Machado y Ortega, sólo nos provoca sustituir al primero por Unamuno y agregar a Pérez Galdós, a fin de dar su más pura imagen. Y no porque el escritor de Oviedo haya hecho mofa de la ciencia, a la que con tanto empeño se diera el autor de *"Tres Ensayos Sobre la Vida Sexual"* y *"Amiel, un Estudio Sobre la Timidez"*, sino debido a que su vena contemplativa - mística, lírica, hispánica - al igual que sus dotes de costumbrista lo empujaban, con pasión cerebral, hasta ese inmenso estuario de la cultura española. Pérez de Ayala no obstante el profundo conocimiento que poseyó de los mundos sajón y germánico, manifestaba poco interés por indagar en la psicología del Don Juan o en los empeños de Ortega de invertir la teoría de Darwin acerca del origen del hombre. Prefirió, como se ve en *"Tinieblas en las Cumbres"*, rumbear en el camino del sentimiento, del realismo, de la dulzura y de la idealidad y el cual ha contado en la Península con variadísimo y grandes cultivadores. Por tanto, habrá de desalentarse quien busque en *"El Libro de Ruth"* - tributo suyo al género ensayístico - las meditaciones y especialismos de los maestros que participaron seriamente en la europeización de España. Tal vez el diablillo suspicaz y colérico de Unamuno deambula, mejor, por las páginas del supuesto bíblico. Ramón Pérez de Ayala tenía plena conciencia del rol que había de desempeñar en una época de polémicas y atonías como la suya.

Pero fueron la novela y la poesía en verso los campos en donde acicaló sus mejores experiencias. Valbuena - excelente crítico de síntesis - apunta dos momentos de la narrativa de Pérez de Ayala. El pri-

mero, que termina con *"Belarmino"*, rico en secuencias realistas, con estilo incisivo y acre, con trágicos repechos que recuerdan la época de Mateo Alemán y Francisco de Quevedo. El segundo, a partir de *"Belarmino y Apolonio"*, distingue, como todo período de madurez, por mayor donosura, mayor profundidad filosófica y por el culto hacia lo eterno del espíritu hispánico. No obstante los arreos sajones - pues estudió muy de cerca a Shakespeare, Schelley y Wilde - y el humorismo de



encargo escanciado bajo la neblinosa Londres, Don Ramón Pérez de Ayala sentía como ninguno la pasión de su pueblo. El también formaba parte de ese carácter contradictorio, anárquico, temerario y proclive a la fuga que ha sellado el alma de la patria cervatina. Ni D'Annunzio

ni Spengler ni Lorenz podían acallar, con desvaídas influencias, la voz que le venía desde muy lejos y que, a pesar de su intelectualismo, lo subyugaba con maléfica dulzura.

IV

Aún cuando no lo permite la brevedad de la semblanza, queremos insistir en algunas de las cualidades poéticas contenidas en "La Paz del Sendero", "El Sendero Innumerable" y "El Sendero Andante". El campo, el mar y el río constituyen la unidad de esta tríade. Resonancias de Virgilio y de Fray Luis hay en los poemas que cantan la naturaleza y el ambiente campesino. Pasión viajera, con parentescos del Juan Ramón Jiménez, del "Diario del Poeta y del Mar", se trasluce en el inmenso espacio marino y oceánico. Lejanos destellos de Manrique en la exaltación de los ríos, que tienen mucho del hombre y de su fatigosa vida. Con estos tres *leit motifs* Pérez de Ayala encuentra pie para lanzarse hacia todos los ámbitos. Pero no es él poeta que se conforma con repetir modelos sino que está a tono con las exigencias de su tiempo. Sus piezas "Danza Universal", "Filosofía" y "Contra Estos Siete Vicios" (los siete pecados capitales) lo colocan dentro de las inquietudes moralistas - y hasta de existencialismo no militante - que hicieron eco en algunas voces españolas. Al lado de una bailarina que danza en el music-hall o en el kursaal y que *pone lumbre* en su mirada de chivo y ritmo satánico en su cuerpo sensual, se le ve la propensión del todo único y fugaz:

*Todo es saltante y todo buye,
todo es danzante y todo fluye...
ya nada se restituye.*

*Danza la hora fugitiva,
danza la barca a la deriva,
y el son a través de la ojiva.*

*.....
Este destino el orbe encierra;
todo danza sobre la tierra.*

El hombre danza en paz y en guerra.

La idea de lo fugaz en permanencia se hace más firme en "Filosofía". "Todo es uno y lo mismo" es el estribillo que escoge el poeta para cerrar cada una de las estrofas del citado poema. Todo es "uno" y vuela sin volar como el diminuto colibrí. Con mucho de exceptismo, y hasta de abulia, Pérez de Ayala acepta que no hay nada distinto. Lenin, Wilson y Lloyd George; Mozart, el tabardo barapiento y el cana-

rio de trino; el príncipe, el mendigo y el árbol fructífero; el son de las campanas, la castañuela aconchada y el llanto femenino. La monotonía vital clava sus dardos y él asienta:

Mañana haremos lo mismo...

si mañana vivimos.

Un instante vivido es compendio de siglos.

Mas no todas las veces Don Ramón Pérez de Ayala fué recipiente para escanciar credos escépticos. En cuento de niños que utiliza para hablar de los pecados capitales conmueve por su belleza y prístina dulzura. Soberbia, Avaricia, Lujuria, Ira, Gula, Envidia y Pereza no son más que inocentes nombres de chiquillos que se subliman al unirse al corro de infantes. "Contra estos Siete Vicios" destaca por ser la exaltación más pura de la infancia. Mientras que los pequeñuelos se desplazan dentro de la minúscula acción, él nos da una imagen gozosa y plástica de la niñez:

*.....Siete niños que vienen de la escuela
invaden el jardín.*

*Son como el agua viva que se vierte
de la montaña; gozo perennal,
vencedor del olvido y de la muerte...*

V

A pocos días de su extinción física - y lejos ya del Madrid secular y acogedor - meditamos no tan sólo en lo que entraña su desaparición para la cultura española de nuestro tiempo. Pensamos también cómo se han ido para siempre los grandes nombres que, a partir del noventa y ocho, imprimieron nueva personalidad y carácter a las letras y al pensamiento, en general, hispánicos. Unamuno, Baroja, Benavente, Machado, Marañón y Juan Ramón Jiménez, para no señalar sino los que eran todavía jóvenes y adolescentes en el año en que la Reina María Cristina anunció llorosa, desde el Palacio Real, la pérdida de Cuba, Filipinas y Puerto Rico. Ramón Pérez de Ayala - personalidad múltiple y enraizada en el más puro venero de la hispanidad - significaba, tal vez, el último exponente entre quienes sobrepusieron los grandes ideales de una cultura y de un pueblo al drama de la derrota y la culminación de la decadencia imperial.